



**ALEK POPOV**

**Kara y Yara  
en la tormenta  
de la historia**

TRADUCCIÓN DE VIKTORIA LEFTEROVA  
Y ENRIQUE MALDONADO

KARA Y YARA

EN LA TORMENTA DE LA HISTORIA



ALEK POPOV

# KARA Y YARA

EN LA TORMENTA DE LA HISTORIA

TRADUCCIÓN DE VIKTORIA LEFTEROVA  
Y ENRIQUE MALDONADO





Título original: *Палавееви в бурята на историята*

© 2019 Alexander Popov

Authorized translation from the Bulgarian

Spanish edition published by arrangement with Eulama Lit.Ag.

© de la traducción: Viktoria Lefterova y Enrique Maldonado, 2020

© de la imagen de la portada: Javier Rodríguez, 2020

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2020

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

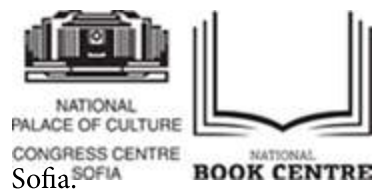
Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-16537-92-1

Producción del ePub: booqlab



This book has been translated with the support of the National Book Centre, part of the National Palace of Culture – Congress Centre

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

1. La calle
2. La llamada del cuco
3. *Kombrig* Medved
4. Las reglas de la conspiración
5. Nadie quiere ser Mónica
6. Sándwiches, autocrítica y balas
7. Cógido Zelenika
8. Noche en el bosque
9. Tórtola o autillo
10. ¿Dónde está la bolita?
11. Cautivos de la mitología
12. Vestigios de la izquierda sectaria
13. En la guarida de la bestia
14. El rastro de un bombón
15. Inventario e higienización
16. La isla del tesoro
17. La fatal debilidad de la burguesía
18. Las urracas de la duda
19. Vida y teoría

20. Sobre los perjuicios de la poesía moderna
21. El día termina con cuentos
22. No hay conexión con el centro
23. Turrón, colonia y pilas
24. Los estajanovistas y la cultura popular
25. Siguiendo los pasos de Morózov
26. El Ejército Rojo avanza
27. La sombra del Gran Masturbador
28. ¡Persevero!
29. El canal de la limonada y el de la rakía
30. Cabras al ataque
31. ¿Y tú quién eres, camarada Medved?
32. En la trampa del determinismo de clase
33. Cantando y con el fusil en la mano
34. Las Avispas Rojas vuelven a zumbar
35. La sierra mecánica de Hitler contra el corruptor poder del Capital
36. Nueve años y tres días
37. El legado de Medved
38. La separación
39. Diez años más tarde



*Esta historia es ficción literaria y su fin no es dar una imagen objetiva de la época. Los acontecimientos descritos no pretenden tener precisión documental y el parecido con personas reales es completamente accidental. Los nombres de parajes y localidades han sido elegidos al azar o han sido inventados por el autor y como tales pertenecen al territorio de su imaginación.*

*Alek POPOV*

## 1. LA CALLE

En el viejo barrio de Sofía en otros tiempos conocido como Kónyovitsa, y como Zona B-18 en los años del socialismo desarrollado, hay una callejuela diminuta cuya salida bloquean las casetas del mercado cooperativo. Con el trascurso de los años, esta parte de la ciudad, que antiguamente se consideraba alejada, poco a poco fue engullida por el mar de bloques de apartamentos y ya está más cerca del centro que de la periferia. No muy lejos pasa un canal que a veces aflora a la superficie y a veces desaparece, para terminar desembocando en el sucio regato marrón que divide el tráfico en la avenida de Slívnitsa. En general es un paisaje mustio del que brotan nuevos y coquetos edificios de viviendas de vibrantes colores rosas, amarillos y verdes como flores artificiales.

### Calle de YARA PALAVÉVA

La placa sobre la fachada desconchada de la casa que ocupa la esquina es la única señal que indica el nombre de la calle. Este no figura ni siquiera en los mapas más detallados de Sofía, tal vez porque el tramo es tan corto que el nombre no cabe. Hay tan solo siete números. La casa de la esquina es la más prestante, aunque de dimensiones modestas, con sus frontones y cornisas de principios del siglo XX. A continuación hay tres o cuatro edificios larguiruchos y feos, erigidos a toda prisa por los desplazados después de las guerras, con las vallas desvencijadas y endeble construcciones anejas. Los sigue uno de los ya mencionados nuevos bloques de viviendas con ventanas de PVC y un aislamiento verdoso que reviste el muro medianero.

Lo que tienen en común los habitantes de este conjunto de casas tan heterogéneo es que nadie sabe nada de la ilustre persona que da nombre a la calle. Tampoco el enjuto caballero mayor de inclinaciones artísticas que vive en la casa cuya pared luce la placa y que tiene por costumbre recibir a sus visitas apuntándoles con una pistola. En realidad la pistola es un juguete, pero en eso se repara más tarde. El caballero lleva viviendo aquí al menos medio siglo, pero no recuerda el antiguo nombre de la calle ni si alguna vez lo han cambiado. Únicamente la anciana del número 6 guarda un recuerdo vago de aquel día del año 1952, cuando, a la vuelta del colegio, se encontró con un grupo de hombres con gorras apiñados en la esquina. Entre ellos había una mujer que llevaba un austero traje marrón. La placa estaba recién puesta. La mujer pronunció un discurso breve, los hombres se quitaron las gorras, estuvieron un rato en silencio y subieron a los dos coches oficiales que esperaban cerca. La mujer habló en voz muy baja. Lo único que la anciana recordaba de aquellas palabras era que Yara Palavéeva era una partisana que había fallecido heroicamente en la lucha contra el fascismo y el capitalismo. ¿Cabía esperar otra cosa?

Hoy, casi veinte años después de la así llamada Transición, que barrió los símbolos del antiguo régimen y borró montones de nombres extraños y desconocidos de los mapas de las ciudades búlgaras para sustituirlos por otros —no menos ajenos y fortuitos—, parece un auténtico milagro que esta callejuela haya conseguido resguardarse del huracán que cambió todos los nombres. Bien es cierto que bautizar semejante apéndice, minúsculo y feo, con el nombre de un personaje público importante, una fecha histórica o un símbolo internacional sería un despropósito. Probablemente por esta razón ningún comité, ninguna institución ni partido —y los partidos, como es sabido, son insaciables— ha mostrado nunca interés alguno en los siete números de la calle de Yara Palavéeva. De modo que la callejuela sigue llevando su antiguo nombre partisano hasta hoy, a pesar de las vicisitudes de los tiempos y de las modas políticas.

Pero ¿cómo se ha llegado a esta situación? ¿De dónde surgió la iniciativa de bautizar este rincón insignificante de la capital con el nombre del personaje en cuestión? ¿A qué se debía este ambiguo honor? Una carpeta

polvorienta, abandonada en el archivo del Ayuntamiento de Sofía, responde parcialmente a algunas de las preguntas, aunque no a las más importantes. Entre sus ajadas cubiertas se conserva la documentación que acompañó a esta decisión histórica. De allí se desprende que el 11 de febrero de 1951 un grupo de los así llamados combatientes activos contra el fascismo y el capitalismo propuso cambiar el nombre de la calle Gladstone por el de Yara Palavéeva, en memoria a su compañera de lucha. El motivo era el inminente aniversario de la heroica muerte de Palavéeva, así como el hecho de que había nacido y crecido precisamente en aquella calle. En la lista de firmantes está también el nombre de Kara Palavéeva (Grebenárova de casada), hermana de la heroína. Obviamente, hablamos de la general Kara Grebenárova, veterana funcionaria de la Seguridad del Estado. Su nombre aparece periódicamente en los medios de comunicación, asociado a los escándalos que rodean a los servicios secretos del antiguo régimen. Poco antes de que la jubilaran, desaparecieron del archivo de la Seguridad del Estado más de 140 000 expedientes. En 1992 la general Grebenárova desapareció de la vida pública.

En la carpeta se conserva la respuesta de un tal Danaílov, secretario de la comisión encargada de los nombres (¡sí, existió tal comisión!). Este informa al Comité de Iniciativas, encabezado por Kara Grebenárova, que por aquel entonces todavía tenía el rango de comandante, que el consejo de la capital valora altamente la hazaña de Yara Palavéeva, pero no le es posible satisfacer su petición porque ya se ha decidido bautizar la calle con el nombre de otro ilustre representante del movimiento revolucionario. Por cierto, según los testimonios históricos, la calle llegó a cambiar de nombre, aunque dicho representante falleció un año más tarde. A continuación se presenta una nueva propuesta para bautizar con el nombre de Yara Palavéeva otra calle del centro, que es rechazada por motivos similares. Durante un tiempo las partes se pasan la pelota. La comisión demuestra un ingenio envidiable a la hora de inventar motivos para desestimar las propuestas. La razón tal vez reside en las luchas intestinas dentro del Partido, tal y como sugiere el informe que aduce el origen burgués de las dos hermanas, integrado en el

expediente. Sin embargo, los compañeros de lucha de Palavéeva, encabezados por su hermana, están decididos a salirse con la suya.

La cuestión se resuelve en el otoño de 1952. En su reunión ordinaria, la comisión inesperadamente decide que el nombre de la hermana sea adjudicado a «la perpendicular de la calle Dúnavska Zora que desemboca en el mercado de Dimítar Néstorov». Esta redacción hace pensar que hasta aquel momento el tramo en cuestión ni siquiera tenía nombre. Probablemente se encontraba en proceso de regulación o en otro procedimiento administrativo. Con este pérfido acto las autoridades, en la práctica, se lavan las manos. A los compañeros de Palavéeva se les presenta el hecho consumado. Se ha rendido tributo a la hazaña de la partisana, aunque de forma sigilosa, sin provocar innecesariamente curiosidad y revuelo entre los medios de comunicación. La carpeta queda enterrada en los archivos. En más de cincuenta años nadie se acordará de ella. Quizá por eso ha logrado sobrevivir...

## 2. LA LLAMADA DEL CUCO

Llevaban más de dos horas caminando en silencio, sin detenerse. Solo el cabrerillo, que andaba deprisa por delante, se daba la vuelta de vez en cuando para comprobar que no se quedaban atrás. Estaba acostumbrado a llevar al monte a toda clase de personas, pero ninguna era como esas dos chicas. Desde que percibió su aroma, se dio cuenta de que eran muy especiales y no terminaba de comprender qué hacían allí. Su ropa, sus manos, sus caras, incluso sus voces, por lo que había podido oír, no tenían nada que ver con la única realidad, cruda y frugal, que conocía. Habían venido con el estudiante al que debía llevar hasta los partisanos. Se habían presentado ya equipadas: con sus mochilas, sus bombachos, sus cazadoras y unos botines de suelas muy gruesas como jamás había visto. «¡Menudas son estas!», pensó el cabrerillo.

—Las envía la comandancia de la zona —le aseguró el estudiante.

Pero el cabrerillo seguía desconfiando... El estudiante también le resultaba extraño. Era alto, con pequeñas gafas, gorra y se envolvía en un abrigo de ciudad ceñido con un cinturón. Llevaba unas botas blandas que probablemente estropearían las primeras nieves. De su hombro colgaba una bolsa de lona, artesanal, no muy llena. Lozán, así se había presentado el gafotas, empezó a flaquear desde el principio. Comenzó a respirar trabajosamente y de forma entrecortada, se tropezaba con los baches y se tambaleaba. Pero por amor propio y terquedad no permitía que los demás se parasen por su culpa. En cambio, aquellas chicas de ciudad, que tenían pinta de que iban a desistir en la primera cuesta, subían con agilidad sin jadear siquiera. El único cambio fue que el aire del monte les sonrojó la cara, lo que las hacía aún más guapas.

Quién sabe por qué, el cabrerillo se enfadó y se puso a andar todavía más deprisa. Los resoplidos a su espalda aumentaron. Algunos terrones se precipitaron al desfiladero. Él sonrió con malicia enseñando sus dientes podridos. Una de ellas le tiró con fuerza de la manga. No podría decir cuál de las dos. Se parecían, debían de ser gemelas.

—¡No tan deprisa! —dijo la chica.

Al llegar a un pocillo, escondido entre las raíces de tres hayas que entretejían sus troncos, el cabrerillo se detuvo, aguzó el oído e imitó la llamada del cuco cinco veces seguidas. No hubo respuesta. Lozán se dejó caer pesadamente en la hierba. Una de las chicas destapó su cantimplora y le dio de beber. El cabrerillo volvió a llamar, esta vez siete veces y media. Aguzó el oído: nada. En la lejanía se oían los picotazos de un pájaro carpintero.

El cabrerillo siguió llamando insistentemente hasta que algo voló silbando en el aire. El cabrerillo gimió como un gatito al que han pisado y se apretó el hombro. Dos hombres, visiblemente airados, salieron de los arbustos y se abalanzaron sobre el grupo.

—¡Oye, Raycho —empezó a gritar uno de ellos, que llevaba una carabina recortada al hombro—, ni siquiera eres capaz de recordar una contraseña! ¿Cuántas veces dijimos que tenías que llamar?

—Pues... no sé —tartamudeó el cabrerillo frotándose donde le había dado la piedra.

—¡Nueve! —El hombre levantó los dedos de las dos manos y dobló uno.

—¡Pues yo llamé nueve!

—¡Nueve! ¡Y una leche! ¡Cinco! Quince... Diez... ¡Nos has vuelto locos!

—Depende de cómo lo cuentes —intervino una clara voz femenina—. *Cu* o *cu-cu*. En principio el cuco hace «cu-cu». Por eso se llama *cuco* y no *cu*.

—¿Y tú quién eres? —dijo el hombre bajando instintivamente su carabina.

—Tío Vanyo —respondió incorporándose Lozán—, vienen conmigo.

El otro partisano se echó a reír. Llevaba una cazadora de guardabosques y de su cintura colgaba una Parabellum de cañón corto. Tenía una cara ancha y plana con barba rubia.

El hombre de la carabina se lanzó hacia el estudiante, lo abrazó y dijo en voz baja:

—Ahora me llamo Lenin.

Era el mayor de los dos y por lo visto estaba al mando. Lozán empezó a contarle algo sobre la Unión de las Juventudes Obreras<sup>1</sup> de Yuchbunar,<sup>2</sup> pero el otro lo interrumpió con un indeterminado «luego, luego» y lanzó una mirada a las gemelas.

—¿Y estas quiénes son?

—Las camaradas Gabriela y Mónica, del grupo de sabotaje del Primer Instituto Femenino.

—¿Por qué las has traído?

—Ha habido un problema en la escuela. Ante la posibilidad de que las descubran, se ha tomado la decisión de que pasen a la clandestinidad.

—¿Quién lo ha decidido? —preguntó con aspereza Lenin—. ¿El Comité Central? ¿La comandancia? ¿Tu abuela?

—Puees... —respondió el joven bajando la vista—. Esto..., por cuestiones de conveniencia...

—¡Queremos ser partisanas! —exclamaron a la vez las chicas.

—Ya, ¿y qué más? —Lenin se quitó la gorra y empezó a rascarse la cabeza, que era completamente calva como la del propio Lenin—. ¡Es imposible! ¿Os creéis que esto es un juego de niños?

Se dirigió al cabrerillo:

—¡Llévatelas de vuelta!

—¡No vamos a ninguna parte! —respondieron, tozudas, las chicas.

Sus ojos grisáceos brillaban desafiantes y Lenin se dio cuenta de que no le sería fácil convencerlas. También intervino Lozán:

—Tío Vanyo...

—¡¡Lenin!!

—Camarada Lenin —empezó el chico con una solemnidad inesperada—. Las camaradas corren peligro de muerte. Los fascistas les pisan los talones. Les he prometido ayudarlas. Si no las admites, yo también me vuelvo con ellas y que sea lo que Dios quiera.



—Estas dos bocachas le han sorbido los sesos —dijo el otro silbando entre dientes.

—Oye, Enterrador, ¡no llames así a las camaradas! —lo reprendió Lenin—. Ya te amonestaron una vez ante el destacamento. ¡Si te lo oigo decir otra vez, informaré a Medved!

Al mencionar este nombre se produjo una pausa significativa. Las chicas intercambiaron miradas y sonrieron.

—Es como hablamos en Pernik,<sup>3</sup> ¿qué pasa?... —refunfuñó el hombre conocido como el Enterrador.

Por supuesto, era su nombre de guerra, en realidad solo una parte de él. Pero nadie tenía tiempo de llamarlo Enterrador del Capitalismo, el nombre que eligió cuando se unió al destacamento. Lo llamaban, simplemente, Enterrador.

—¿Y qué hago ahora con vosotras?... —dijo Lenin, que apretaba nervioso la gorra—. ¿Sois de Sofía? —Las miró de arriba abajo e hizo un gesto con la mano—. Para qué preguntar, está claro que sí...

—Que lo decida Medved —propuso el Enterrador—. ¿Traéis pan?

—Traemos sándwiches —respondió una de las chicas.

—También armas —añadió la otra.

Bajaron las mochilas y sacaron dos pesados paquetes alargados envueltos en lona. Dentro, desmontadas, había dos escopetas de caza Smith & Wesson de cañones superpuestos. Una talla decoraba las culatas de caoba.

—¡Vaya! —exclamó con un silbido Lenin.

Tomó una y desplegó el cañón. Era un cazador empedernido, pero jamás había tenido en las manos un arma tan lujosa. Acarició la boca del cañón. Comprobó el cerrojo: la cámara estaba vacía. Levantó la escopeta y apuntó por encima de los árboles.

—¿Dónde las habéis pillado?

—Son de nuestro padre —contestaron.

—Vuestra familia parece tener dinerito —dijo con envidia el Enterrador.

—¿Dónde están los cartuchos? —preguntó Lenin.

—No tuvimos tiempo de recogerlos —explicó una de las chicas—. Hemos encargado doscientas unidades en la tienda de Michelson. Del

calibre 9, el que usan para cazar jabalíes. Nuestro padre compra allí. Tenemos que mandar a algún camarada para que los recoja y nos los mande.

—¡Ay! —suspiró Lenin, invadido por un mal presentimiento—. ¡Vámonos!

Después se volvió hacia el cabrerillo, que aguardaba con expresión culpable:

—¡Nueve veces! —le recordó—. ¡Cu-cu!

—Cu-cu —repitió el cabrerillo alicaído.

Ahora el grupo lo encabezaba Lenin; a duras penas lo seguía Lozán, a continuación iban las hermanas y, por último, en la retaguardia, el Enterrador. Ante los pequeños y firmes culos que se bamboleaban delante de sus narices, era incapaz de aguantarse y de vez en cuando emitía unos agudos silbidos y repetía al ritmo de los pasos de las hermanas: «¡Primera bocacha!», «¡Segunda bocacha!». Las chicas al parecer no le prestaban atención, hasta que se sentaron a descansar y se dirigieron a él:

—Camarada Enterrador, quisiéramos preguntarle una cosa...

—Me podréis llamar Enterrador después de pasar un invierno en el monte. Por ahora soy el Enterrador del Capitalismo.

—Camarada Enterrador del Capitalismo... —empezó una de las chicas con aspecto serio.

Estas palabras lo acariciaron como un bálsamo. Hacía tiempo que no oía su nombre clandestino en todo su esplendor.

—¿Nos podría explicar, camarada Enterrador del Capitalismo, qué factores sociales han impuesto el uso de este saludo tan original a las mujeres en la ciudad obrero-combativa de Pernik?

—¿Eeeh? —dijo abriendo los ojos como platos el Enterrador.

—¿Nos podría revelar el sentido revolucionario de la metáfora «bocacha»? Seguro que tiene algo que ver con la lucha del proletariado de Pernik... —añadió la otra.

El Enterrador intentó comprender lo dicho, pero su cerebro hizo clac y se apagó. Notó una dolorosa sensación de desamparo, como si de pronto se hubiera quedado ciego. Lo único que logró soltar fue un «¿Pero qué...?», y masticó las últimas palabras como un pepino amargo.

—¡Te han enterrado, Enterrador! —Lenin sonrió de oreja a oreja—.  
¡Chicas listas! Solo espero que no nos enterréis también a nosotros...

<sup>1</sup> La Unión de las Juventudes Obreras fue una organización de las juventudes comunistas, creada en 1928 por iniciativa del Partido Comunista de Bulgaria. En 1934 fue prohibida por el Gobierno y pasó a la clandestinidad. Durante la Segunda Guerra Mundial participó activamente en la lucha partisana. Existió hasta 1947, cuando pasó a formar parte de la Unión de las Juventudes Populares. *(Todas las notas son de los traductores).*

<sup>2</sup> Antiguo barrio de la zona occidental de Sofía.

<sup>3</sup> Ciudad de Bulgaria occidental.

### 3. KOMBRIG MEDVED

Al finales del verano de 1941, mientras el carro de fuego de la Wehrmacht arrasaba desbocado la gran estepa rusa, en las cálidas aguas de la bahía de Varna asomó el periscopio de un submarino soviético. La costa estaba oscura, y la noche, sin luna. El submarino negro afloró silenciosamente en la superficie. Se abrió una compuerta y una docena de siluetas agachadas cruzaron la cubierta en fila india. Poco después, del cuerpo del submarino se separó un bote de goma que se dirigió a la costa. Los hombres remaban en completo silencio, hundiendo los remos con cuidado para no hacer más ruido del necesario. El submarino se sumergió tal y como había aparecido —desapercibido—, dejando tan solo una franja de espuma de mar.

En el bote, junto con otros doce camaradas de confianza, estaba Spartak Gálev, alias Pies Ligeros, más tarde conocido como *kombrig*<sup>4</sup> Medved. Eran parte de un grupo de exiliados políticos que la dirección del Partido Comunista Búlgaro en Moscú había enviado para reforzar las filas de la organización en aquel momento crítico. El Gobierno búlgaro se había negado a mandar tropas al frente oriental, aunque ofrecía apoyo logístico al Tercer Reich. Era preciso desplegar una lucha partisana en la retaguardia del enemigo, pero los combatientes disponibles no solo eran insuficientes, sino que también estaban muy poco preparados. La operación estaba dirigida por el oficial del Ejército Rojo Tsvyatko Radóynov. Parte del grupo —los así llamados «submarinistas»— fue trasladado a Bulgaria por mar; otros se lanzaron en paracaídas. Todos ellos habían pasado por el duro entrenamiento del contraespionaje soviético, donde habían adquirido valiosas habilidades, necesarias para todo tipo de actividad subversiva. El

Partido había depositado grandes esperanzas en estos hombres entrenados que debían liderar la resistencia armada. Pero nada más pisar el suelo patrio, la policía dio con su rastro y logró capturar a la mayoría. Medved fue uno de los pocos que se salvaron, lo que le confería una autoridad adicional.

Spartak Gálev había emigrado a la URSS nada menos que dieciocho años antes. Después de la derrota del Levantamiento de Septiembre de 1923<sup>5</sup> estuvo deambulando por montes y campos con distintos destacamentos hasta que el Partido abandonó oficialmente la política de lucha armada. Esto ocurrió después del atentado en la iglesia Sveti Kral,<sup>6</sup> en el que fallecieron ciento cincuenta personas. La corriente de la izquierda sectaria fue condenada y se disolvieron las formaciones de combate. El grupo de Gálev, cuyos miembros esperaban en su mayoría penas de muerte, cruzó la frontera con Grecia y se entregó a las autoridades locales. Los internaron en la isla de Heraclea, en el mar Egeo, donde pasaron algunos meses. Sus camaradas del Partido Comunista Griego los ayudaron a subir en secreto a un barco soviético que los llevó a la tierra prometida del socialismo.

Nadie sabía cómo había vivido exactamente Spartak Gálev en la URSS. Tampoco nadie se atrevía a hacer conjeturas al respecto. El propio Spartak era muy parco en detalles. Parecía obvio que no se había titulado en ninguna universidad. Daba a entender que había estado sirviendo en el Ejército y que había participado en la campaña de Finlandia, pero no quedaba claro cómo ni con qué rango. Se comportaba como si estuviera acostumbrado a estar al mando de grandes masas de gente. Durante su ausencia sus padres habían fallecido, parte de sus compañeros habían sido asesinados y otros habían acabado en la cárcel. Los pocos que quedaban no eran capaces de reconocerlo. Pero, como era bien sabido que la vida soviética cambiaba a la gente hasta el punto de hacerla irreconocible, nadie se sorprendió. En tiempos Spartak Gálev era como un palillo: delgado, ágil y rápido. Decían que esquivaba las balas antes de que salieran del cañón; de ahí su apodo Pies Ligeros. Provenía de los pueblos de alrededor de Sofía y le gustaba reírse del poder con el típico sentido del humor mordaz de los shopis.<sup>7</sup> Pero de la URSS regresó hecho un ladrillo: robusto y corto, como si hubiera pasado todos aquellos años metido en una caja. Solía estar quieto, con una cara

malhumorada y rugosa de tez cetrina que no cambiaba con el sol ni con el viento. De su sentido del humor no había quedado ni rastro. Hablaba de forma concisa y con precaución, salpicando su discurso de palabras rusas. Ya nada lo podía asustar excepto el nombre de Stalin. «Partió siendo una liebre y volvió hecho un oso», dijo alguien. Desde aquel momento todos empezaron a llamarlo Medved.<sup>8</sup>

Él no tenía ningún inconveniente.

La primera y más importante tarea era la de protegerlo. Debido a su fuerte acento ruso, resultó más complicado de lo previsto, puesto que no era capaz siquiera de comprar tabaco sin delatarse. En aquellos tiempos en Bulgaria se oía poco ruso y enseguida llamaba la atención. No podía, o bien no quería, renunciar a este acento porque, al fin y al cabo, era una cuestión de prestigio. Durante todo el otoño y el invierno lo estuvieron escondiendo en diferentes buhardillas y sótanos de Sofía, bajo distintos nombres, hasta que en la primavera de 1942 terminaron convenciéndolo de que asumiera el mando de una unidad de partisanos en proceso de formación que operaba en el extremo oeste de los montes Balcanes: el destacamento Patarinska. El problema radicaba en que Medved venía de la URSS habituado a manejar escalas completamente diferentes, preparado para liderar al menos una brigada o una división, algo que aún no existía en Bulgaria. No era menos problemático que los destacamentos de la Primera Zona Operativa Militar ya tuvieran sus propios comandantes, gente local que no podía ser sustituida así como así, sin provocar un importante malestar y discrepancias. Por otro lado, estaba más que claro que un líder de la magnitud de Medved no aceptaría ningún cargo de segundo orden como comisario político o instructor. Ni siquiera intentaron ofrecérselo: ¡tal era el respeto que le tenían en aquellos días! Medved había venido para estar al mando y debía estarlo. Y, además, no de cualquier cosa. Entonces los camaradas de la comandancia central emplearon una pequeña artimaña...

La unidad militar en cuestión, de cuya composición y armamento solo se podían hacer conjeturas, rápidamente fue elevada al rango de «batallón de la comandancia central». A Medved le explicaron que este era el corazón de la futura división de partisanos que llevaría el impactante nombre de

«Primera División de Guardia de Stara Planina».<sup>9</sup> Debía reconquistar territorio independiente en la parte occidental del país, asumir el control del desfiladero del río Ískar y con el tiempo tomar la capital. ¡Sonaba irresistible! Dos semanas más tarde, cuando apareció entre los soldados del destacamento Patarinska equipado con todo lo necesario para las actividades militares en un frente amplio, incluido el *Breve curso de historia del Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique)*,<sup>10</sup> Medved se dio cuenta del engaño, pero ya era demasiado tarde...

En aquellos primeros años de lucha, el destacamento Patarinska —nadie supo por qué se llamaba así— contaba con cerca de diecinueve partisanos. Decimos «cerca de» porque algunos de ellos bien volvían a sus pueblos cuando los empapaba la lluvia o empezaban a echar de menos a sus mujeres, bien volvían al monte cuando estaban hasta las narices de dichas mujeres. Estos movimientos eran aceptados con compasión y comprensión por parte de sus camaradas. Todos sin excepción calzaban alpargatas. La mayoría llevaban gorros de pelo; había también un par de boinas y una gorra de guardabosques. Muchos de ellos vestían los tradicionales pantalones fondones de lana; uno se había fugado con su traje de bodas y otro lo había hecho con su uniforme militar. Su armamento sumaba cuatro carabinas, una escopeta de caza de dos cañones y un fusil de chispa. La munición ascendía a un total de 44 cartuchos, 13 de los cuales eran para el sistema Mannlicher, aunque todavía no disponían del propio fusil Mannlicher. El fusil de chispa tenía sobre todo un valor simbólico; se creía que en tiempos había pertenecido al mismísimo voivoda Valyo y era el talismán del destacamento. Contaban además con cinco revólveres y una Parabellum, tomada al enemigo en una acción independiente del miembro de más edad del grupo, el conocido por el peculiar nombre de «Enterrador del Capitalismo». También tenían seis bombas de la Primera Guerra Mundial con mangos de madera. Las tapas de dos de ellas se habían perdido y no quedaba claro si iban a explotar ni, aún más importante, cuándo lo harían.

El resto eran palos y cuchillos.

En comparación con ellos Medved parecía un arsenal andante: un subfusil automático Shpaguin, una pistola Tulskiy Tókarev y siete granadas



de mano: cuatro de asalto y tres de defensa. Por no mencionar el resto de maravillas que escondía su mochila... Todo lo que llevaba era de cuero: desde la gorra y la cazadora hasta la funda de la pistola y las botas altas. Sus pantalones estaban hechos de un material nunca visto, totalmente impermeable.

Los miembros del destacamento lo observaban con muda admiración, como si fuera una deidad que hubiera descendido de la brillante cumbre del comunismo para llevarlos por caminos ignotos pero, sin duda, gloriosos. Sin embargo, Medved no sentía lo mismo. Miró con escepticismo a los hombres que lo rodeaban, se sentó en un tocón, sacó su último cigarrillo Belomorkanal,<sup>11</sup> sacudió la boquilla en el tacón de la bota y profirió pensativo:

—*Hy, maak...*<sup>12</sup>

<sup>4</sup> *Kombrig* (ruso: *комбриг*), contracción de *командир бригады* ('comandante de brigada'). Fue una graduación militar del Ejército Rojo entre los años 1935 y 1940, que en parte tiene la equivalencia de general de brigada en los ejércitos modernos.

<sup>5</sup> El Levantamiento de Septiembre estalló el 23 de este mes del año 1923 y se produjo como respuesta al golpe militar perpetrado en junio de aquel mismo año en Bulgaria. Los dos acontecimientos sentaron el inicio de conflictos que algunos historiadores definen como una guerra civil.

<sup>6</sup> El atentado en la iglesia Sveti Kral (hoy conocida como Santa Nedelia) es el mayor acto terrorista en la historia de Bulgaria, perpetrado el 16 de abril de 1925, el Jueves Santo, por un grupo de la extrema izquierda de la organización militar del Partido Comunista Búlgaro que dinamitó el techo del templo durante el funeral del general Konstantín Gueorguiev, asesinado dos días antes por otros miembros del Partido Comunista. Al desplomarse la cúpula sobre la concurrencia, provocó la muerte de cerca de ciento treinta personas y causó unos quinientos heridos, parte de los cuales murieron más tarde en el hospital. Entre las víctimas se encontraban numerosos políticos y oficiales del Ejército búlgaro.

Entre las consecuencias del atentado estuvo la imposición inmediata de la ley marcial y la aplicación de duras medidas represivas por parte del Gobierno. Poco después el Comité Central del Partido Comunista Búlgaro condenó el atentado como un acto nefasto para el movimiento antifascista y acusó a sus responsables de sectarismo.

<sup>7</sup> Los shopis son un grupo etnográfico de la actual Bulgaria occidental, el este de Serbia y el noreste de Macedonia del Norte. Muestran una conciencia nacional búlgara, serbia o macedonia.

<sup>8</sup> En ruso, 'oso'.

<sup>9</sup> Los montes Balcanes, Stara Planina o el Balcán, como se denomina con frecuencia en Bulgaria, es la cordillera que da nombre a la península balcánica. Empieza en Serbia y atraviesa Bulgaria de oeste a este.

<sup>10</sup> Nombre oficial del PCUS entre 1925 y 1952.

<sup>11</sup> Famosa marca de cigarrillos soviéticos, sin filtro y con una boquilla larga de cartón.

<sup>12</sup> En ruso: «Pues vaya...».

## 4. LAS REGLAS DE LA CONSPIRACIÓN

El Enterrador se agachó, cogió dos piedras del suelo y las hizo chocar tres veces. Esperó unos diez segundos y volvió a hacerlas sonar. Le respondieron cuatro golpes idénticos. Un poco más adelante, como si hubiera brotado de la tierra, apareció un centinela con gorro de soldado y fusil con bayoneta. Lenin lo llamó Valyo.

Al ver a las dos chicas se le iluminó la cara.

—Nuevas incorporaciones, ¿eh?

—Gabriela y Mónica. —Las chicas extendieron sus manos.

—¡Camaradas! —las regañó Lenin—. ¡Observad las reglas de la conspiración!

—¡Son nuestros nombres clandestinos! —respondió una de ellas—. Siempre hemos querido llamarnos Gabriela y Mónica. Ella es Mónica.

—No, ella es Mónica y yo Gabriela. ¿No teníamos un acuerdo? —intervino la otra.

—Quedamos en que una semana tú serías Gabriela y la siguiente sería yo. Esta semana me toca a mí.

Valyo se rascó la cabeza:

—¿Acaso es malo ser Mónica?

—¿Pero qué son esos nombres? —se enfadó Lenin—. ¿Os creéis que esto es un baile de sociedad?

Las muchachas arquearon las cejas de la manera ya conocida que señalaba un importante proceso reflexivo. Después de dar unos diez pasos, una de ellas dijo con aparente indiferencia:

—Yo no sé de bailes que no sean de sociedad. El camarada probablemente quería decir «vienés»...

—¡Oye, Lenin! —se echó a reír el Enterrador—. A mí me enterraron, pero a ti directamente te hundieron.

—Ya veremos, ya veremos, listillas —respondió Lenin sin detenerse.

\*\*\*

Desde el fondo de la pradera llegó un alboroto confuso que rápidamente se propagó por todo el campamento como fuego por pajar y alcanzó la tienda de Medved. El comandante levantó la cabeza y frunció el ceño. En ese momento estaba ocupado apuntando algo en su cuadernillo. La lona de la entrada se apartó y en la abertura asomó la cara redonda de su ordenanza, Stoycho:

—Camarada *kombrig*, ¡permítame reportar!

—¿Qué?

—Acaban de llegar los nuevos partisanos.

—¿¡Qué!?! —repitió Medved, que se incorporó pesadamente.

No lo habían informado de la incorporación de nuevos partisanos. Solo sabía que debía llegar un militante de la Unión de las Juventudes Obreras, familiar de Lenin, porque en su grupo se había producido un fallo operativo. El bullicio en la pradera iba en aumento. No le gustó. Se echó por los hombros el chaleco de lana y salió.

El destacamento —ahora ya batallón de la comandancia central— no recordaba semejante excitación desde que Medved apareciera ante los partisanos con su equipo de combate completo. Ahora el destacamento contaba con cuarenta y cuatro personas, ni una más ni una menos. El abandono se consideraba deserción y se castigaba con mano firme. La única mujer del grupo era la comisaria política Extra Nina, pero por varias razones sus camaradas la consideraban una igual. También había un pope, Tijón, enclaustrado en el monasterio de Cherepish por pecado dogmático y que más tarde había huido al monte. Era un hombre enorme, con una sotana andrajosa bajo la que no había nada más que espeso vello. Iba armado con un palo y un revólver Nagant antediluviano, aunque su arma más temible era su risa atronadora. Así, todas estas criaturas peludas y mugrientas, que

anhelaban una caricia o al menos una mirada, habían salido a la pradera y rodeado a las gemelas. Las devoraban con los ojos, se embriagaban con su presencia. A la vista de sus rizos rubios muchos estallaron en carcajadas infantiles, como si les hicieran cosquillas en los talones. Otros musitaban cosas incomprensibles. También los hubo que comentaron algo en voz alta, intentando ocultar su timidez. Desde hacía una semana en su menú predominaban la cebolla y el ajo, que hacían su aliento más mortífero que el fuego que escupe un dragón de tres cabezas.

Las chicas miraban asustadas mientras el círculo a su alrededor se estrechaba. De su anterior confianza no quedaba ni rastro. Lenin y el Enterrador sonreían con malicia a su lado. Lozán intentaba explicar algo en vano. Nadie le hacía caso.

—¡Ay, mis cabritillas! —farfullaba Tijón, que agitaba su sotana andrajosa como si intentara sacudirle las pulgas.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz alta y ligeramente chillona.

Los hombres se apartaron. Medved pasó entre ellos empujando a unos cuantos empeñados en no moverse. Su mirada se posó por un instante en el estudiante y luego se deslizó hacia las chicas. Se quedó boquiabierto y una preocupación que rayaba el pánico contrajo su rostro. Pero esto solo demostraba que el comandante era humano como los demás. Aunque por poco tiempo...

Medved carraspeó y dijo en voz más baja:

—¡Comaradas! ¿Puedo saber dónde están vuestras armas?

Los partisanos empezaron a mirar a su alrededor sobresaltados. Sus miradas se dirigieron a las fogatas donde hasta hacía poco se alzaban las pilas de armas. Ya no estaban. Alguien se puso a cantar alegremente desde el otro extremo de la pradera:

—¡El partisano se prepara para el combaaate!

Stoycho estaba sentado debajo de un árbol, sobre un montón de armamento variopinto.

—¡Se os entregarán las armas por orden de lista! ¡En marcha! —ordenó Medved.

Cabizbajos y avergonzados, los hombres hicieron cola. Medved hizo una seña al estudiante para que esperara junto a Lenin y al Enterrador. Las chicas poco a poco volvían en sí. Les lanzó una mirada hosca y preguntó con aspereza:

—¿Por qué habéis venido?

—¿Perdón?

—¿Por qué habéis venido aquí? —repitió Medved nervioso.

—Hubo un problema en el instituto —informó una de ellas—. Nuestro grupo llevó a cabo un acto subversivo con motivo del Primero de Mayo. Resultó fenomenal; tuvo una amplia repercusión política entre los alumnos y los profesores. Vino la policía a investigar. Pero la camarada Silva, Letizia Pirónkova, nos falló. Supimos que había ido a la dirección a delatarnos. El camarada Lozán nos ayudó a pasar a la clandestinidad y después nos trajo al destacamento.

—¿Qué acto subversivo? —preguntó Medved entornando los ojos.

—Pintarrajeamos el retrato del zar que está colgado en la escalera principal —dijo la otra, que puntualizó—: ¡con pintura roja!

—¡Por el amor del Partido! —exclamó Medved, e hizo un gesto a Lenin y al Enterrador, que seguían la conversación con interés, aunque su contenido se les escapaba—. ¡Estas niñas tienen que volver inmediatamente!

—Ya os decía yo —masculló el Enterrador.

—¿Qué decías? ¡No dijiste nada! —estalló Lenin.

—¡Camarada Medved! Si vuelven, esos desgraciados las arrestarán y las torturarán. ¿Es eso lo que quiere? —gritó Lozán.

—¡Imbécil! —graznó Medved—. Nadie las arrestaría por esa broma. Como mucho las echarán del instituto.

—Pero nosotras pensábamos también dinamitar el Ministerio del Interior, está justo al lado de nuestro instituto —repuso una de las chicas—. Hay un viejo canal por el que se puede llegar. Aquella chivata seguramente se lo ha dicho...

—¡Caramba! —El comandante apretó el puño—. Pero no lo habéis dinamitado, ¿verdad? Pueden tomarlo como una... fantasía pueril.